



BARATARIA. Revista Castellano-Manchega
de Ciencias sociales

ISSN: 1575-0825

eduardo.diaz@urjc.es

Asociación Castellano Manchega de
Sociología
España

Maestre Alfonso, Juan

LA EXPATRIACIÓN INTELECTUAL ESPAÑOLA

BARATARIA. Revista Castellano-Manchega de Ciencias sociales, núm. 10, 2009, pp. 15-26

Asociación Castellano Manchega de Sociología

Toledo, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=322127620001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA EXPATRIACIÓN INTELECTUAL ESPAÑOLA

THE SPANISH INTELLECTUAL EXPATRIATION

Juan Maestre Alfonso
Universidad de Sevilla (España)
juanmaes@us.es

RESUMEN

La emigración intelectual española comenzó con anterioridad a la Guerra Civil. La República movió a la expatriación a numerosas familias conservadoras que se dirigieron a lugares como Portugal, Gran Bretaña y Argentina. También el resultado de la sublevación militar y el clima revolucionario que se originó, tuvieron como consecuencia, principalmente en Cataluña, un notable éxodo hacia Italia y Francia. La pérdida de la guerra por el bando republicano y el estallido de la II Guerra Mundial generaron un importante éxodo dirigidos sobre todo a América (Norte o Sur). Gracias a esta acogida se pudo salvar una buena parte del pensamiento científico español. Incluso logró desarrollarse y en algunas partes de Hispanoamérica alcanzar un fructífero maridaje con los medios científico o intelectuales locales.

PALABRAS CLAVE

Exilio, emigración, elites, Guerra Civil, República Española, América Latina.

ABSTRACT

The Spanish emigration of intellectuals started before the Spanish Civil War (1936-1939). The republic favoured the exodus of families belonging to the conservative ideals to places such as Portugal, Great Britain and Argentina. As a result of the military coup of 1936, and the revolutionary environment that followed as a reaction, many conservatives moved to Italy, especially from Catalonia. The loss of the Civil War by the Republican bloc originated an important exodus of liberals, especially to America, both North and South. The Spanish scientific community was thus saved, and could even develop further in some parts of Spanish America, where it reached a fruitful marriage with the local scientific environment.

KEYWORDS

Exile, migration, elites, Civil War, Spanish Republic, Latin America, Mexico.

En una de mis primeras estancias en México, ya vencida la mitad de la década de los sesenta, más de un cuarto de siglo de finalizada la Guerra Civil, casualmente me encontré con un pequeño y modesto local dependiente de la II República, entidad o ficción que tanto en México, como en Yugoslavia, proseguía reconociéndola. No se trataba ni tan siquiera de una oficina; debía de servir como lugar de reunión o quizás se trataba de un vestigio de otra época en que las expectativas de un cambio político en España se presentaban más lozanas. No obstante, encontré un folleto en el que se recogía la aportación intelectual de los exiliados republicanos a México, aunque de hecho era más

correcto calificarla en México, puesto que su aportación fue a la cultura del universo hispánico incluido una España que los había rechazado y los designaba como integrantes de la anti-España.

Hasta 1960 -señalaba la publicación- los exiliados españoles fueron autores de 2.304 obras literarias y científicas y de unos doce mil folletos, ensayos, artículos, traducciones, etc. El repertorio profesional que se conocía ascendía a 208 catedráticos; 462 profesores de universidad, instituto, etc.; 501 maestros; 375 médicos, farmacéuticos y veterinarios; 434 abogados, jueces, notarios, etc.; 28 arquitectos; 316 técnicos de grado medio; 109 escritores y periodistas; 284 militares profesionales; 891 funcionarios; 146 ejecutivos; etc.

Se trataba sólo de quienes se radicaron en México. Todavía muchos de ellos continuaron produciendo una quincena de años más. Su extinción física e intelectual -la directa e inmediata-coincidiría más o menos con la muerte del dictador y con la autodisolución del simbólico gobierno de la República. En una de sus primeras visitas a América el Rey agradecería al gobierno mexicano el asilo que aportó a los republicanos y, simbólicamente, procuró caminar del brazo con la viuda del último Presidente -real o mejor dicho "efectivo"- de la República. Se producía un avance, el más sustancial hasta el momento, para la superación de las "dos Españas". Un avance a nivel simbólico de lo ya logrado en el ámbito estructural -social y económico- sustitución de la secular España de la confrontación por la España del consenso.

Son datos de México el lugar en el que se concentró el mayor número de intelectuales exiliados, donde gozaron de una protección institucional y donde, por consiguiente, alcanzaron un mayor reconocimiento social que hizo susceptible lograr el máximo de producción científica y presencia profesional. Sin embargo, México supuso tan sólo una de las cuentas del rosario de países en lo que de modo forzado discurrió la "extraña" presencia y actividad intelectual de España y de los españoles.

De hecho la expatriación intelectual ya se inició antes de que comenzara la insurrección militar. El clima de tensión vaticinaba la trágica eclosión en que iba a desembocar una crisis no sólo política, sino también social y económica con prácticamente siglo y medio de continuidad; casi tres siglos de paulatina decadencia y cinco de divergencia con la trayectoria dominante en Occidente¹. Fueron varias las familias de notables -que se hacían notar- integradas por dinastías de profesores universitarios con raigambre en las mesocracias locales, que prefirieron poner tierra por medio y de Galicia, Castilla o Cataluña, se desplazaron a Francia, la Italia fascista, Inglaterra, y hasta el para-fascista, tan próximo cultural y geográfico, Portugal. Es obvio que en su casi totalidad formaran parte de elites más bien conservadoras con valores particularistas y usos provincianos, pero en cierta manera abocados a aceptar orientaciones cada vez más universalistas y proclives a dejarse tentar por un moderado liberalismo o encandilarse por los resultados modernizantes de los lugares donde se radicaron. Proceso que fue más agudo y perceptible entre aquellos que eligieron a Gran Bretaña como destino. La disolución administrativa y expulsión de España de la Compañía de Jesús reforzó este éxodo. En este caso los jesuitas se trasladaron a Portugal donde llegaron a desplazar a colegios completos, no sólo al profesorado, sino incluso buena parte del alumnado.

Los reducidos horizontes intelectuales, las dificultades para desarrollo científico y tecnológico y el pacato ambiente que dominaba en muchas ciudades españolas – “castellano altivo que desprecia cuanto ignora...” – resultaba tan frustrante para muchas de esas familias -vuelvo a señalar que se trató de un éxodo familiar- que huían de los nuevos rumbos asentados en la España republicana y en principio hostiles a cambios progresistas. Conectar con otro tipo de medios intelectuales y sociales más abiertos y a la altura de los tiempos, les insufló una corriente de modernidad y la aceptación de repertorios de valores alejados de los imperantes en España. Sucedió incluso con la Italia fascista y un Portugal salazarista conservador a ultranza, pero donde no se demonizaban a la Francmasonería o se valoraban positivamente las ideas de procedencia anglosajonas. En este mismo orden de cosas la estancia de españoles becarios del régimen nazi, vehiculó hacia España conocimientos no sólo técnicos, sino también de carácter filosófico y significado renovador; paradójicamente en cierto modo progresista.

La Guerra Civil supuso una ampliación de sus expectativas de residencia temporal y vieron incrementado su número por quienes fueron capaces de huir de la “zona roja”. El Gobierno de la Generalitat de Catalunya y en concreto el presidente Companys facilitaron la huida de una buena parte de la burguesía catalana en medio de la cual proliferaban intelectuales y miembros de las profesiones liberales. Por azares del destino el cenáculo conservador radicado en Portugal también se vio incrementado por un grupo pequeño, pero notable, de personalidades a las que Franco rechazaba como incompatibles con su modelo político y personal de ejercicio del mando y del poder.

Fuera de estas excepciones de las que no tuvo significación numérica más que el exilio catalán, pocos fueron capaces de poner tierra por medio, sobre todo en la zona nacional. No obstante, es de rigor mencionar que *la crème de la crème* de la intelectualidad española fue reacia tanto al rigorismo del nacionalcatolicismo de brazos en alto y aceite de ricino como, o quizás más, con las perspectivas de una revolución roja, o rojo y negro, tampoco exenta de terror y rigorismo ideológico. El regreso de esta elite o simplemente su salida del desván no significó más que la permanencia en un semiexilio interior en un régimen que no les concedió más que un carácter de notabilidad y una proyección literaria. Como muestra resulta sintomático y revelador que al más notable y representativo de ese grupo, Ortega y Gasset, se le enterrara ya vencido el primer franquismo entre brumas de tensión y desinformación.

La burguesía catalana regresó casi a la par que el “Ejército Nacional” realizaba su entrada triunfal en Barcelona. Pero no sucedió lo mismo con muchas de esas familias que huyeron espantadas de una España pre-revolucionaria. Ni la guerra, ni tampoco la postguerra les resultaron del menor atractivo. La escasez, cuando no la penuria alcanzaban hasta las clases dominantes y el clima de tristeza embargaba hasta a los vencedores. En cierto modo estas personas fueron sujetas a un cierto reciclaje liberal y modernizante. Habían conocido y participado en laboratorios e instituciones académicas y científicas. Sus hijos asistieron a colegios en los que la tónica educativa y las coordinadas morales resultaban inequívocas a las que tradicionalmente existían en España y a las que aún más se iban instaurando “al paso alegre de la paz”. “Son tantos los beneficios obtenidos que bien ha valido la pena el millón de muertos”, afirmaría el superior de los jesuitas en la inauguración del ICAI. Por otro lado, la participación de unos niveles de vida inasequibles en España les impulsó a demorar su retorno. La Guerra Mundial les hizo recapacitar en esa postura. Algunos de ellos prefirieron trasladarse a tierras americanas -Argentina,

Estados Unidos, Puerto Rico o México- donde inesperadamente se reencontraron con el gran exilio de los republicanos españoles.

Curiosamente, o más bien alarmantemente, la guerra no promovió el exilio. La frontera portuguesa permaneció impermeable a todos aquellos hostiles a la sublevación militar. Una actitud mantenida tanto durante la guerra como después. Miguel Hernández fue víctima de esa falta de neutralidad. Las otras fronteras fueron poco cruzadas, incluso la marroquí hacia Tánger o hacia la “zona francesa”. A excepción de los varios miles de catalanes a que me he referido antes y a un puñado de notables, parece como si los españoles hubieran puesto más interés y empeño en enfrentarse entre ellos que en salvarse. Ambos bandos debían de estar muy seguros de la justicia de su causa y de su triunfo. Sí se produjeron huidas al caer los diversos frentes, pero no se puede hablar de exilio hasta el derrumbe de Cataluña ya en las postrimerías del conflicto.

Una de las excepciones fue la de los niños. Por razones humanitarias diversos países acogieron temporalmente a niños con la intención de privarlos de los rigores de la guerra. Sucedió en uno y otro bando. Hasta Alemania participó en esta tarea humanitaria. Existieron países, como Francia y Bélgica que aceptaron a niños de los dos bandos. Se trataba de una acogida en familias cercanas a las posiciones de uno u otro contendiente. Algo similar sucedería en España a finales de la II Guerra Mundial; familias pudientes acogieron temporalmente a niños oficialmente austriacos. Pero no fue esta la situación con el muy conocido, por publicitado y manipulado, caso de los “niños de Rusia” o el mas ignorado “de los niños de México” o “niños de Morelia”. En ambos casos se trató de un contingente relativamente considerable, sobre todo el de “los rusos”. Ambos acontecimientos se politizaron. Y lo que se concibió con carácter de temporalidad se transformó, para casos, en perpetuidad.

A los “niños de Rusia” -en su mayoría bilbaínos- se les quiso evitar los rigores del asedio a la capital industrial del País Vasco. Quitando algún caso se trató de una decisión voluntariamente aceptada por sus familiares. Una vez en la Unión Soviética y hasta que se produjo la invasión alemana gozaron de una situación de privilegio difícil de alcanzar en aquel país. Una vez concluida la Guerra Civil Española y comenzada la II Guerra Mundial su suerte se entrecruza cada vez más con la de los españoles que pudieron acogerse al asilo en la Unión Soviética, todos ellos miembros efectivos del PCE y algún que otro militar o piloto igualmente próximo al comunismo estalinista. Unos y otros, los niños y los exiliados comunistas, se vieron implicados en los avatares de la guerra y después enredados en la maraña diplomática derivaba de la “guerra fría”, embrollo que resultaba aún más complicado para España.

Una buena parte de los “niños” alcanzaron profesiones notables y oficios especializados. Pero hubo de todo; incluso delincuentes. Bastantes de ellos sorprendieron profesionalmente cuando regresaron a su patria. No obstante, lo más sorprendente fue que la práctica totalidad de los “niños” permaneció cerca de dos décadas aislada. Algunos vinieron medio siglo en un medio socio cultural tan diferente al de su tierra, situación que no menoscabó en lo más mínimo su vinculación cultural y psicológica con España, los españoles y lo español. Curiosa experiencia que debería haberse estudiado en profundidad. Lógicamente su minoría fue absorbida por las grandes magnitudes de la Unión Soviética. Más allá del reconocimiento militar que algunos lograron por su participación, a pesar de su edad, en la resistencia a la invasión alemana, o de la laboral de acuerdo con los usos soviéticos, ninguno de ellos logró un protagonismo notable en el plano intelectual. Lo mismo sucedió con el grupo de exiliados. Militarmente recibieron

reconocimiento, hasta hubo varios que llegaron al generalato. No de menos relieve fue la consideración política de que gozaron, principalmente durante la etapa de Stalin cuyo féretro fue portado por alguno de estos próceres. Pero según se conoce nada más. Al menos en Rusia, aunque sí en Praga.

La capital checa se convirtió en la sede del comunismo español y allí se trasladaron las instituciones y centros de acción y decisión del partido. Y también Praga resultó más agradable y acogedora para los comunistas españoles en cuyo seno se fueron fraguando niveles de disidencia paulatinamente crecientes. Aquí se aglutinó un grupo intelectual que llegó a vincularse con la universidad y medios artísticos y literarios acompañando e interactuando con la disidencia checoslovaca una experiencia que debería conocerse y ser objeto de estudio. A partir del 68 la situación empeoró para ellos en Checoslovaquia en tanto que mejoraba en España y Francia a donde acabaron trasladándose casi todos.

El menos conocido caso de los “niños de México”, inicialmente fue muy similar al de sus coetáneos destinados a Rusia. Se trató de una expedición de niños, en este caso muchos eran madrileños, que se trasladaron a México igualmente con intención temporal; con el fin de evitarles el sufrimiento de la guerra. El proyecto se fraguó en el círculo próximo al presidente Lázaro Cárdenas quien estuvo muy interesado en el proyecto, interviniendo personalmente en puntuales ocasiones, como cuando “una de las menos niñas” quedo embarazada y él decidió ejercer todo el peso de su poder presidencial -nada desdeñable por cierto- para forzar la oportuna boda que desfaciera el entuerto.

A esta avanzadilla del exilio español en México se les conoce como “los niños de Morelia” por haber sido la capital de Michoacán su destino. Igual que sucedió con los niños de Rusia los de Morelia fueron unos privilegiados, por supuesto dentro de las posibilidades del México de finales de los años treinta. Se les destinó un internado y personal dedicado a su custodia y formación, cubriéndoles el Estado Federal todas sus necesidades. La diferencia con sus compatriotas allá en las frías antípodas consistió en que su caso resultó desconocido en España, pero muy conocido en México y reforzó posiciones y argumentaciones de las diversas facciones políticas y sociales de un México dividido y crispado en posturas antagónicas. Un preludio de lo que poco tiempo después sucedería con los exiliados españoles. Gran entusiasmo en medios oficiales, revolucionarios e izquierdistas, y temores, cuando no animadversión por quienes no participaban de esas posiciones. Con la intención de calibrar en su auténtico valor la recepción del exilio español en México no estaría de más recordar lo cercano que se encontraba la Revolución, un proceso histórico que proporcionalmente había causado unas cinco veces más víctimas que la Guerra Civil española. También la “rebelión cristera” hacía poco que había finalizado, por cierto anegada en sangre, o que el sinarquismo -movimiento integrista y conservador muy simpatizante con la causa nacional española- movilizaba masas cercanas al millón de personas². Y todo ello en un país en que lo español y el español –el “gachupín”– era objeto tradicional de ambivalentes, contradictorias y mutantes posturas, pero nunca indiferentes. Además contaba desde siempre con una abundante y potente colonia española buena parte de la cual encasillada en sus posiciones de acomodo económico distaba de simpatizar con los “rojos” españoles. Una situación que igualmente se reproducía en otras partes de América Latina, principalmente en Argentina, donde como sucedió también con Filipinas, se pretendió

reclutar banderas de falange entre los miembros de las colonias españolas. En otros países, caso de Chile o de Bolivia, surgieron movimientos políticos reflejo de los españoles.

Para acercarse a la composición del confuso clima social y político por el que atravesaban algunos países latinoamericanos no está de más recordar un dato que tanto puede ser anecdótico, como sintomático. Entre los “niños de Morelia” hubo grupos que participaron en lapidación de iglesias, mientras que con un grupo de ellos –niñas– se les procuró la drástica y tradicional separación de sexos; fueron educadas en un colegio de monjas pero, por añadidura, clandestino.

En esta situación es lógico que la vida de los “niños de Morelia” no resultara fácil ni agradable, al menos en los primeros años. No estuvo exenta de problemas y dificultades, como no podía ser menos en aquel México. Hubo tres niños que protagonizaron una huida y experiencia de supervivencia en el Distrito Federal digna de compararse, a su nivel, por supuesto, con la de “El Campesino” en Rusia huyendo hasta Irán huyendo de sus protectores soviéticos. El experimento duró hasta 1943 fecha en la cual el exilio español estaba ya totalmente asentado en ese país. Unos se integraron con familias de exiliados y otros con la de los típicos emigrantes y algunos, pocos, contrariamente a los de Rusia, retornaron a España. No se conoce, al menos por quien esto escribe, de ningún caso en el que resplandeciera intelectualmente, bien en México o en España, pero en su mayoría lograron situarse socialmente en posiciones a las que hubiera sido difícil acceder en la España de la posguerra. En general siguieron la trayectoria de sus familias de acogida.

El gran exilio se origina con la caída de Cataluña. La rendición de Madrid y el desplome días después de la República fue insignificante desde este punto de vista. Es conocido el drama del puerto de Alicante. Sólo en Menorca la mediación británica logró una mínima evacuación. Desde las costas murcianas y almerienses unos cientos de personas alcanzaron Argelia en embarcaciones de fortuna. Unas decenas de dirigentes políticos y militares lograron utilizar aeronaves, a veces secuestrando pilotos y aparatos nacionales, para también llegar a tierras de África bajo dominio francés.

¿Cuántos salieron desde la caída de Cataluña?, ¿un millón?, ¿medio? Muchos, aunque no tantos como se ha exagerado. Al patrón cultural hispánico de tender a la exageración se ha juntado en este caso la manipulación política de las cifras. El Régimen usó y abusó “del millón de muertos”, que en realidad difícilmente alcanzaron los setecientos mil, incluyendo las cifras de la represión, los muertos por carencias y enfermedades en las prisiones, las víctimas del “maquis” -alrededor de tres mil- y hasta de quienes cayeron en la resistencia francesa, los ejércitos aliados o los campos de concentración nazis, de hecho todos ellos víctimas de sucesos o procesos que resultaban una continuación de la Guerra Civil. Alguien tan poco sospechoso de profranquismo como Pinilla de las Eras pone en tela de juicio el gran éxodo en Cataluña. Pero no caben dudas de que bastantes cientos de miles. ¡Senegaleses de dientes amarillos y ojos de carbón! Cantaban a sus guardianes los cautivos y refugiados españoles prisioneros en los siniestros campos, más bien playas, en que les hospedaba la Francia del que había sido fraterno Frente Popular.

Por deficiente que hubiera podido ser la acogida del gobierno francés la situación se tornó de mal a en peor con la caída de Francia, la ocupación alemana, y la instauración del gobierno de Vichy, presidido por Pétain, simpatizante de Franco y ex-embajador de Francia en su Gobierno. Si cabe alguna duda no sólo está el testimonio de los campos de concentración y exterminio nazi, sobre todo Dachau, sino también las deportaciones de

sobresalientes republicanos entregados por la Gestapo a las autoridades españolas, fruto de una negociación gestionada por el “cuñadísimo” del “generalísimo”: Ramón Serrano Suñer.

La invasión hacia Francia significó un nuevo reto para la existencia de los muchos cientos de miles de españoles que allí subsistían en condiciones más o menos precarias (los más precarios en batallones de trabajo). Las alternativas: intentar subsistir allí, lo que podía resultar más fácil para los menos, también en menores condiciones precarias. Estos resultaban ser los más conocidos y significados y dio cuenta de ellos la Gestapo por ser los más identificables. Una situación que podía prolongarse y ampliarse.

Otra posibilidad sería regresar a España. Apta para los más desfavorecidos y menos comprometidos. Opción que parece ser aceptó un significativo contingente. También cabía la posibilidad de seguir luchando contra un enemigo que consideraban ya viejo conocido, bien en las filas de la resistencia o en las Fuerzas Armadas seguidoras de De Gaulle. La suerte les fue favorable a estos vencidos convertidos en vencedores en Toulouse, Mont de Marsan o en el primer batallón de marcha de Tchad en París, pero fracasaron en el intento de invasión a España por el Valle de Arán.

La cuarta opción: iniciar un nuevo éxodo. Si el primero consistió en poner tierra por medio el segundo, dadas las circunstancias geopolíticas, exigía poner agua por medio. Podía ser la solución más fácil, pero de hecho se convertía en la más inasequible. Requería tierra de asilo y medios económicos y técnicos para llegar al destino.

En los meses que transcurrieron entre principios de 1939 y la ocupación alemana las familias más pudientes desde Francia, Inglaterra o Marruecos se trasladaron a América; Norte, Centro -Costa Rica fue el destino de muchos catalanes- o Sur. Pero esta solución no resultaba factible para la gran masa. La mayoría no disponía de los medios económicos para el salto a América. Tampoco existían en plena conflagración mundial los transportes para trasladar de un continente a otro a varios cientos de miles de personas.

Por otro lado, sí existía una condición favorable a este éxodo. La recepción de los exiliados era relativamente bien vista, relatividad que disminuía proporcionalmente al número y a la cualificación profesional de los aspirantes a la inmigración. Prácticamente todos los países americanos aceptaban acoger un pequeño contingente de españoles, especialmente si se trataba de personas con algún tipo de cualificación. Una situación excepcional si recordamos que poco tiempo antes a un barco cargado de judíos alemanes se les negó la entrada a Estados Unidos y Cuba, teniendo que regresar a Europa. España constituyó en la práctica la primera fase del enfrentamiento internacional y a los refugiados se les consideraba víctimas de un enemigo común. Se trataba en todos los casos, incluidos comunistas y anarquistas, de excombatientes antifascistas y proaliados. La administración de Estados Unidos, la madre del cordero de la problemática latinoamericana, simpatizaba, aún, abiertamente con los republicanos españoles y su, aún, no beligerancia no escondía simpatías por quienes se enfrentaban al fascismo internacional.

En este contexto la recepción de los españoles quedaba al menos en el plano oficial facilitada. Hubiera sido muy diferente de producirse sólo unos años después ya con “la guerra fría”. De todas formas se trataba sólo de un factor que actuaba a favor de los republicanos españoles. Muchos otros no podían ser más desventajosos. Y es precisamente en esa situación cuando el México, al menos el personificado en Lázaro Cárdenas, protagonizó, uno de los episodios de mayor generosidad hacia un colectivo de vencidos conocido en la historia contemporánea. Ante la invasión de Francia por el

ejército alemán, el gobierno mexicano contrató una flota de barcos que desde puertos franceses libres aceptó a todo bicho viviente con tal de que se tratase de un refugiado español. Recalcó esta última expresión porque indica que el refugio mexicano no se redujo ni en cantidad, ni en calidad. Es cierto que lo más emblemático y conocido de aquel exilio fueron los intelectuales y las instituciones de la República, pero no existieron filtros políticos, como en la Unión Soviética, ni de carácter elitista como en Estados Unidos. En México se aceptó a quien quiso y a cuantos fueron capaces.

Existía el precedente del traslado del casi medio millar de “niños” en plena Guerra Civil para lo que se fletó desde Burdeos el vapor *Le Mexique*. Para el gran éxodo además de *Le Mexique* el gobierno mexicano contrató a los vapores *Sinaia*, *Ipanéma*, *Orinoco*, *Leerdan*, *Monterrey*, *Siboney* e *Iberia*, además del navío de línea *Flandria* y el yate español *Vita* que trasladó también bienes y documentación pertenecientes a la República de España. A pie de escalerilla oficiales consulares mexicanos facilitaron de urgencia la documentación necesaria. En Veracruz el recibimiento resultó tan apoteósico como fue capaz todo el poder del gobierno de México y el potencial folclórico de la cultura mexicana. Pero de hecho el recibimiento no se limitó a música, vítores, declaraciones o declamaciones oficiales, sino que se procuró un sinfín de facilidades para su instalación; cada uno a su nivel. Algunos españoles transitaron hacia otros países, pero fueron los menos, la mayoría consideró segura y aceptable su acogida en México. También hubo muchos otros que desde Nueva York, La Habana, San Juan o Santo Domingo que se dirigieron a México incorporándose al numeroso contingente de españoles ya allí asentados.

Donde mayor apoyo y facilidades encontraron los exiliados en México fue en las instituciones académicas e intelectuales. Un viejo profesor español me comentó que existían tantos profesores españoles en la UNAM que ellos mismos decidieron limitarse. En cualquier caso no conozco situaciones de rechazo o animadversión a ese nivel, sino todo lo contrario. Las editoriales constituyeron otro baluarte de concentración de intelectuales españoles, sector que estimularon, como también sucedía en Argentina y Venezuela, y que convirtieron en una plataforma del fomento de la cultura no ya española, sino hispánica, tan menoscabada en esos momentos en la “madre patria”.

La Casa de España constituyó una institución de carácter científico de primer orden tanto a nivel hispánico como internacional, dando origen al actual Colegio de México. Los exiliados crearon instituciones educativas propias de gran prestigio en la sociedad mexicana como Luis Vives y Ruiz de Alarcón o el Colegio Madrid que aún persiste o la Academia Hispano-Mexicana.

El *Winnipeg* fue otra auténtica tabla de salvación que con millar y medio de exiliados se dirigió a Chile desperdigando su carga además de en ese país en otras naciones del Cono Sur. Argentina se convirtió en uno de los destinos preferidos por los republicanos. A pesar de estar sometido el país a un polivalente proceso socio-económico, que aún no se ha disipado, en aquellos momentos ocupaba un puesto entre el doce y el quince en el *ranking* mundial de desarrollo. Sus condiciones y calidad de vida lo habían convertido en un destino dorado para la emigración europea. Buenos Aires ha sido durante décadas la tercera ciudad de españoles (después de Madrid y Barcelona). Pero su importancia no sólo ha estribado en lo cuantitativo, sino también en lo cualitativo. Estimulados por el auge económico que supuso, al menos para algunos pero no desdeñables sectores sociales, la capital argentina se convirtió en un centro de cultura hispánica y una meta ineludible para literatos e integrantes de las artes escénicas

españolas. Casi una Meca que exigía la consiguiente peregrinación para alcanzar la consagración definitiva. Por todo ello es lógico que Argentina, sobre todo Buenos Aires, se convirtiera en un caldo de cultivo para la cultura hispánica y que, igualmente en consecuencia, sin que gozaran de ningún beneficio oficial los exiliados españoles, encontraran allí una propicia tierra de asilo. Cualidad que existía desde antaño. Ya anarquistas españoles e italianos se habían dirigido a ese país el siglo anterior. Como anteriormente he referido fue tierra de refugio desde la dictadura de Primo de Rivera, en la República, así como en la guerra y ya no digamos en la postguerra.

México con un medio político que facilitó la recepción y Argentina con un medio social que la aceptaba se convirtieron en los lugares que concentraron, a parte de Francia, el grueso del exilio. Pero también hay que tomar en consideración a Estados Unidos, donde Fernando de los Ríos ocupó en plena Guerra Civil el puesto de Embajador en México, con el que sustituyó el de Rector de la Universidad Complutense. Allí, como en Puerto Rico, el clima científico facilitó que algunos de ellos adquirieran notoriedad internacional, incluso en materias bien diferentes de la lengua castellana o la historia española, alcanzando como en el caso de Severo Ochoa los oropeles del Premio Nobel.

En toda América Latina, donde más o donde menos, aparece con cierta singularidad, aunque sea simplemente local la embajada personal de “la España que no pudo ser”, aunque sí se logró que muchos españoles pudieran no solo estar, sino también ser. En los sitios más insospechados nos sorprenderá la presencia de un modesto profesor, algún librero, quizás un promotor industrial o simplemente el autodidacta cargado de experiencia que desborda en actitudes críticas y en escepticismo lo que no resulta óbice para demostrar fugaces actitudes de hiperactividad o de liderazgo. Ese español raro por el que se siente más que simpatía y singular atractivo. Gabriel García Márquez nos cuenta en sus memorias la influencia que ejerció en él un librero catalán asentado en la periferia geográfica e intelectual de Colombia.

Gracias a América los científicos continuadores de Ramón y Cajal y Negrín no sólo lograron seguir su actividad, sino que consiguieron un nivel de investigación reconocido internacionalmente. Diversas ramas del Derecho, desde el Derecho Político – García Pelayo en Venezuela -al Derecho Penal –Jiménez de Asúa en Argentina- pasando por la Filosofía del Derecho -Recasens Siches en México- encontraron en la sociedad latinoamericana magníficas condiciones para su expansión. José Gaos, posiblemente el más notable discípulo de Ortega y Gasset, prolongaría la filosofía de raíz orteguiana designada como Escuela de Madrid. Vivificante escala española de la filosofía europea, en México, donde también residió María Zambrano, creando una escuela que enriqueció la filosofía española y promovió una entrañable simbiosis con la filosofía latinoamericana. ¿Qué decir de la historia? Américo Castro, Sánchez Albornoz o Altamira. Argentina, México, pero también Estados Unidos se convirtieron en crisoles territoriales en los que se fundió el antes y el después de la Guerra Civil; lo español y lo americano; el exilio y la emigración.

Las ciencias sociales requieren mención especial. Muchas de sus ramas permanecieron hibernando durante buena parte del franquismo. Max Weber fue traducido antes al español que al francés y algunas de las teorías de Keynes fueron anticipadas por un oscuro funcionario del Banco de España. A principios de la década de los años treinta todo apuntaba al anuncio de un esplendoroso desarrollo de las ciencias sociales españolas. La guerra puso final a ese impulso. Después de un eclipse total de más de diez años de la sociología se hicieron cargo de esa disciplina lo que se designó como “padres de la

Sociología” por ser todos ellos sacerdotes. La Antropología sólo se concibió como filosófica y ya conocemos los avatares por los que tuvo que transitar la Filosofía. La Ciencia Política tuvo que hacerse críptica y abstracta. A la economía en el panorama de la autarquía y la decrepitud material le costaron esfuerzos gigantescos para que sus profesionales lograran prosperar y ocupar el lugar que les correspondía³. Sin embargo, el exilio colmó esa laguna. Medina Echavarría, desde Chile en CEPAL, se convirtió en el “maestro” de la sociología latinoamericana, posición que se le ha reconocido por las dos corrientes allí enfrentadas: la Teoría de la Dependencia y la Teoría de la Modernización.

¿Y las variadas ramas de la expresión literaria? En este caso América no sólo significó un espacio para el refugio personal y político, sino también un catalizador de las diversas corrientes nacionales o estilísticas de la literatura castellana. Arconada, Alberti, Barea, Casona, Sender, Ayala... y un larguísimo etcétera, evitaron la suerte de Miguel Hernández o la aún peor de García Lorca. A la vez facilitó un rico maridaje con las letras hispanoamericanas. En este aspecto todos se beneficiaron, incluso los vencedores de la guerra.

Pedagogía, psicología, antropología física... hasta las matemáticas (incluso la lógica matemática) pudieron proseguir en tierras de América el impulso que tardía pero enérgicamente estaban recibiendo en España durante los años veinte y treinta. Tal fue el caso de Gonzalo Lafora, especialista en histopatología nerviosa, quien en Washington dirigió el laboratorio de histopatología cerebral donde descubrió una lesión del cerebro que es conocida con su nombre, o del oncólogo Isaac Costero, famoso ya en la España de la preguerra por sus vanguardistas estudios sobre el origen y tratamiento del cáncer.

No sólo la docencia sino también la producción científica a que dio lugar dan muestra de ello. Resultó de tal consideración y eficacia el respaldo del que gozaron científicos españoles que muchos prefirieron continuar en los laboratorios y centros de estudio donde habían sido acogidos que regresar a España. Un fenómeno que sucedió no sólo a quienes gozaban en Estados Unidos de unas facilidades inasequibles en España, sino entre algunos de los que se instalaron en otros países. Wenceslao Roces, traductor de *El Capital* de K. Marx, a pesar de haber sido elegido diputado en las primeras Cortes democráticas prefirió dimitir para regresar con sus discípulos y sus medios de estudios. También es de justicia señalar que bastantes de estos profesores y científicos no retornaron porque en su tierra natal sus colegas, ya fueran independientes o también opuestos al régimen, no estuvieron por la labor de tener que competir por las cátedras o los escasos recursos científicos de los laboratorios españoles con personas muchas de ellas con un nivel y capacitación científica muy superior. Es una realidad que en las postrimerías del franquismo no existió, o se procuró que no existiera, sitio para todos.

América ofertó un hueco para casi todo. En la Argentina peronista consiguieron reciclarse algunos sindicalistas de procedencia anarquista. La actividad política y revolucionaria también contó con algún representante. El Comandante Bayo instruyó a Fidel Castro y a sus compañeros del *Gramma*. Lister, entre otros, colaboró en la creación del aparato militar y policiaco de la Revolución Cubana. Situado en las antípodas profesionales e ideológicas de los ejemplos anteriores, el General Rojo, posiblemente el militar más capacitado de la República, ocupó el cargo de asesor del ejército de Bolivia. Hubo quien trastocó su profesión de veterinario por la de guerrillero en Colombia. Varios

eclesiásticos españoles continuaron su ejemplo cuando se originó la explosión de guerrillas castristas.

Sin necesidad de una intervención directa en política la dramática pero rica experiencia de la preguerra, guerra, y postguerra civil, y en cierto modo internacional que habían tenido que sufrir no estuvo exenta de carga pedagógica. Reflexiones sobre la paz; el orden internacional, toda la panoplia de posiciones ideológicas desde la democracia al comunismo... lecciones del pasado; opciones alternativas y expectativas, tanto para propios como para extraños; dirigidas al futuro o al presente; conscientemente utópicas o pensadas con tremendo realismo... enriquecieron el debate en una América, principalmente la llamada “latina”, que se enfrentaba a radicales procesos de cambio.

El desarrollo, algo más que una palabra, mucho más que un concepto o una simple categoría científica, encontró en algunos de estos españoles expresión tanto teórica como práctica. En una América Latina enfrentada al reto del desarrollo y acuciada por los problemas del subdesarrollo y la problemática social, personalidades como el antes mencionado Medina Echavarría, orientaron bagaje teórico e instrumental metodológico hacia concretas propuestas de resolución. ¡Y anticipándose a otros países en los que la preocupación por este tipo de procesos se convirtió en emblemático!

Y América propició también el desarrollo intelectual y profesional de muchos de los integrantes del exilio, como sucedió del mismo modo con los emigrantes. Muchos alcanzaron Francia primero y América después, con “lo puesto”, con lo justo materialmente, pero también formativa e intelectualmente. El grueso de su formación académica e intelectual se desarrolló en tierras americanas, donde pudieron llegar “con lo puesto” pero que lograron conseguir algún nivel de notoriedad, no tan sólo en sus países de acogida, sino también en la propia España. Tal es el caso de dos especialistas en Ciencias Sociales, concretamente de la Antropología y de la Etnología, a quienes tanto en México como en España, les correspondió un papel impulsor de esas disciplinas. Me refiero a Esteva Fabregat y Ángel Palerm. Ambos llegaron a América muy jóvenes, el primero sin ninguna formación universitaria y el segundo con sólo unas cuantas clases recibidas en la Facultad de Derecho. Allí necesitaron desenvolverse “como Dios les dio a entender”, a pesar de las pocas convicciones que profesaban respecto al “gran hacedor” y la desesperación y escepticismo que les embargaba. El primero llegó a ser jugador de fútbol. Pero tanto uno como otro se interesaron por la fascinante realidad histórica y cultural de Mesoamérica y aprovechan las facilidades que les deparaba su nuevo país de residencia, como también la proximidad a Estados Unidos, donde conectaron con medios de investigación y académicos de vanguardia. Esteva Fabregat regresa a España donde funda la Escuela de Antropología, dependiente del Instituto de Cultura Hispánica (ancestro institucional del actual AECH) y más tarde gana la Cátedra de Antropología Cultural en Barcelona convirtiéndose en promotor de esa disciplina.

Ángel Palerm se asentó institucional y familiarmente en México, país que le designó con un importante cargo en Washington, en la OEA. Se convierte en un especialista en metodología de los estudios etnológicos y en intérprete de la historia mesoamericana. Aunque no regresó más que esporádicamente a España sus textos, el evolucionismo multilineal, corriente del que ha sido uno de sus defensores más conocidos, y sus manuales de técnicas de investigación, lograron conocerse y propagarse en España, donde igualmente ha contado con seguidores y discípulos.

Otras personas que sí llegaron a América con altos niveles de formación reciclaron allí sus conocimientos reorientándolos hacia nuevas áreas científicas o

tecnológicas. Esto sucedió entre especialistas de ciencias aplicadas, pero también en representantes de las humanidades. Un caso importante es el ya citado de Medina Echavarría quien discurre de la teoría sociológica a los estudios referentes al desarrollo en diversas aplicaciones. A otro nivel cabe señalar, un ejemplo entre otros muchos el caso de Julio Luelmo, joven Abogado del Estado de Valladolid, pero que en tierras americanas se reorientó hacia la investigación de los orígenes de la sociedad y principalmente de la agricultura.

América en general se convirtió para quienes se vieron obligados por diversos motivos, emigración o exilio -ambos parten de similar matriz- a abandonar la madre patria, lograr una Patria Madre. Aunque “hacer la América” ha sido una expectativa frustrada en muchas ocasiones; a pesar de que en la inmensa mayoría de las ocasiones el “salir adelante” en tierras americanas ha estado alejado de ser un lecho de rosas; de que “no es oro todo lo que reluce” y de que el Velloncino de Oro, como El Dorado fueron mitos; de que no son raras actitudes de rechazo, más o menos abiertas, más o menos fuertes, pero siempre con cierta carga simbólica, contra chapetines, gachupines, gallegos...⁴ lo cierto es que ha habido un momento de la historia contemporánea en que cinco jefes de Estado -precisamente de los cinco países latinoamericanos más importantes- y los directivos de las dos organizaciones económicas de más relieve, eran hijos de españoles afincados en América y con familiares y alguna propiedad situadas en sus regiones de origen.

Sucedió en un mundo en crisis y conflicto. Crisis y conflicto que habían encontrado uno de sus antecedentes más agudos en el proceso sociohistórico que motivó el exilio español; cuya crisis, la antecedente y la consecuente, también afectaron a la emigración. En conjunto una diáspora que segmenta la realidad histórica de las dos Españas, en otra adicional de dos Españas más: la de dentro y la de fuera, en donde llega en ocasiones a reproducirse la dialéctica interior. Consecuencia de un largo y complejo proceso histórico. Esperemos que la escisión entre las dos Españas se convierta en una página de la historia. Pero, en cualquier caso, de tan dramática e indeseable escisión, quedará haber servido para acercarse al fragmentado mundo hispánico -fragmentación de diverso tipo y nivel que se manifiesta también en América Latina-. Proceso y experiencia en la que el exilio de la Guerra Civil, otro de los muchos exilios a que se vieron forzados los españoles en su historia y para el que la emigración no ha supuesto más que una faceta económica, sea un recuerdo y una lección.

NOTAS

¹ El proceso en España, siempre con la referencia de los países avanzados europeos, ha resultado incompleto, y con una contradictoria asimilación de las revoluciones -pensamiento, política y económica- que afectaron y configuraron esa Europa.

² La hostilidad al gobierno en algunos medios fue tal que, por ejemplo, algunos maestros enviados por las autoridades se les cortaron las orejas o fueron objetos de accidentes peores.

³ Gran cantidad de puestos económicos estuvieron ocupados por militares

⁴ En Argentina todo chiste referente a una persona torpe y ruda se personifica en un gallego, lo mismo que en Brasil se transforma en un portugués.

RECIBIDO: 22/04/09
ACEPTADO: 31/08/09